

# LA HORA DE LA UNIDAD

Tanto monta, monta tanto. Requete como Falange



POR  
**EUGENIO MONTES**



# LA HORA DE LA UNIDAD

POR

EUGENIO MONTES

*Tanto monta, monta tanto  
Requeté como Falange.*

1937

IMPRENTA ALDECOA  
BURGOS



El 19 o el 20 de julio, cuando a la hora matinal del desayuno los extranjeros leyeron en los diarios las primeras noticias sobre los sucesos de España, seguramente interpretaron las cosas así: Se ha levantado el Ejército para defender los privilegios de los ricos contra las libertades e intereses de los pobres. Entonces, inevitablemente, nimbaron con un aura sentimental a los defensores de la República, que suponían inermes, mientras se imaginaban a los nuestros bien pertrechados, acribillando a balazos la desnuda carne popular. Pues bien, era exactamente lo contrario. Medítese un poco sobre este hecho: desde el primer instante, el movimiento nacional encarna en las regiones agrícolas, menguadas de recursos materiales, en tanto que los rojos resisten en las comarcas mineras, fabriles y mercantes, donde el dinero abunda y se amontonan los bienes. Nosotros tenemos Navarra; la pelada Castilla, en la que amos y criados sufren hidalgamente la misma escasez; Galicia, humilde, minifundista, aldeana; la mayor parte de los

sufridos llanos extremeños y el sediento desierto de Aragón. Ellos tienen, en cambio, las grandes ciudades: el Levante, adinerado y bullanguero; la Cataluña de las empanadas, de la burguesía y los orfeones; Vizcaya y Asturias, de un nivel de vida superior al más alto de Europa, hormigueantes de automóviles, pobladas de "chalets", espumosas de sidra, con jornales de cinco duros y obreros de "cabaret" y champán. Con lo que disipa una familia de marxistas en Cardona, en Erandio o en Mieres, se sentiría sobrada toda una parroquia de la meseta soriana. Esos pueblos de cigüeñas y torres, escudilla y escudos, donde hay viudas que cobran doce duros al mes por una tierrecita en arriendo y dan limosna los jueves, y renunciando a lo más indispensable, le dan carrera al hijo. Atienza y Medinaceli, que fuisteis de Mío Cid y ahora sois nuestras.

Si ésta es, como dicen, guerra de ricos y pobres, los opulentos son los secuaces de Largo, y los necesitados los de Franco; pues en Castilla hay hidalgos, pero ricos no hay.

Carecíamos de dinero, de tropas y de armas. Nuestros mozos atacaban a pecho descubierto, con un máuser—cuyo manejo aún ignoraban—contra las ametralladoras y los carros blindados de las fuerzas pretorianas de la República, bien armadas y bien pagadas, predilectas del régimen. ¿Alzamiento del Ejército? Sí, pero a condición de entender por Ejército el generalato y la oficialidad, los cuadros de

mando, pues a los reclutas los había licenciado con diversos pretextos—permisos, vacaciones—el Frente Popular. Queipo de Llano dispuso en Sevilla, ni uno más ni uno menos, de ciento cincuenta y cinco soldados. En Salamanca, el número era menor. En Teruel, un sargento, un cabo y once números de la zona. En cambio, el Gobierno de Madrid aumentaba cada día las compañías de Asalto, de cuya fidelidad podía estar seguro por escogerlas entre las milicias marxistas de la U. G. T., especialmente entre La Joven Guardia, cuyos batallones se llamaban ya entonces Carlos Marx, Lenin, Vorochilov. Guardias de Asalto con sueldos fabulosos; guardias civiles de creación reciente, tras concursos en los cuales se rechazaba a quienes no ofrecían pruebas de absoluta adhesión, es decir, a los que no venían recomendados por los comités; guardias de Seguridad; carabineros. El Gobierno rojo tenía, pues, *soldados*, porque tenía *soldadas*, pagas magníficas. Tan sólo el presupuesto del Cuerpo de Asalto era cinco veces mayor que todo el gasto políaco de la Monarquía. Así, los chulillos marxistas ingresaban en ese Cuerpo mimado, en el cual, por prender fascistas, *ganaban más que un catedrático de Universidad*. A esto, que admite pruebas estadísticas, había venido a parar el sueño utópico de una “República de profesores”, fundada en la razón pura. Pero ya había dicho el baturro genial del Dos de Mayo que los sueños de la razón engendran monstruos.

Seguro de sus guardias de Asalto y vacíos los cuarteles, el Gobierno se creía dueño de todos los resortes del Poder. Para reducir más aún a la impotencia el Ejército, Casares Quiroga entregó los depósitos de armas a las organizaciones soviéticas. Sí; el general de la plaza seguía teniendo la llave del polvorín, pero sin pólvora; la llave de un edificio lleno de aire, porque el armamento estaba repartido por las Casas del Pueblo, y en su mayor parte había sido trasladado a Madrid, escondiéndolo en lugares recónditos, sólo conocidos por la Dirección de Seguridad.

A un levantamiento de oficiales sin soldados y sin medios bélicos, no le temía la República; antes bien, lo juzgaba útil para instaurar ya francamente, sin rebozo, el Soviet, aprovechando la fiebre del tumulto, la borrachera de sangre y la retórica de las barricadas. Por eso Casares se decidió a provocarlo. Una noche se para en la calle de Velázquez la camioneta 17 de la Dirección de Seguridad. Una sección de guardias asalta la casa de José Calvo Sotelo. Poco después, le ordenaban al sepulturero del Este: "Entierra pronto ese cadáver." Se descubrió un reguero de sangre a lo largo del asfalto. Aquel gigante debió de tener una agonía tan grande como su alma. La camioneta vino a recogerse en el patio del Ministerio de la Gobernación. Era la hora en que los periódicos relataban, según los datos oficiales, el asesinato del teniente Castillo, sacrificado por sus

propios compañeros, para que la muerte de Calvo Sotelo pareciese venganza. La provocación logró el objeto previsto. Custodio del honor nacional, el Ejército ya no podía esperar más. Había que echarse a la calle, dar la vida por España y su honra. Contaban los militares con que las guarniciones de África, únicas donde existían tropas, pasasen el Estrecho. Era cuestión de horas, sólo que la rebelión comunista de los marineros lo impidió. En eso se equivocaron los militares, aunque luego, en un golpe de genio, el general Franco, por primera vez en la Historia y con asombro del mundo, lograse que un ejército pasara el mar sin barcos. Pero en una cosa más importante se equivocó el enemigo. Les había quitado a los militares la tropa peninsular y el armamento. No les quitaba, en cambio, porque eso no era suyo, el corazón del pueblo. Faltaban soldados en los cuarteles, mas *salieron hombres en camisa e pusieron fuego a unas espingardas*, como dice la crónica del tiempo de don Alvaro de Luna. Estaban en las aulas, en los talleres, en las eras. ¿En las aulas? Desde un año antes todos los estudiantes yacían en las prisiones, llorando con lágrimas viriles por la patria perdida, y entreteniendo el ocio con cantares.

Soy de Falange Española,  
preso por orden de Azaña,  
por el crimen bien honroso  
de gritar ¡Arriba España!

Prisión de Valladolid. Conforme se dobla la esquina, está la casa de un español de otros siglos. De mozo había peleado en Lepanto. De viejo, glorioso mutilado, le persiguieron corchetes y alguaciles. Una de las veces en que le privaron de libertad, escribió un libro. Como todo lo grande de la estirpe, como el *Quijote*, la Falange salió de la cárcel. Aún hay sol en las bardas, buen Miguel de Cervantes, porque al encuentro de la primavera hay galanes que marchan por cielo, tierra y mar.

Con la estrofa en los labios y el mal fusil al hombro, las escuadras de la Falange, ya libertas, cruzaban la llanura de Castilla. No les salen al paso mastines, sino honrados labriegos, que se les unen. Los mozos dejan las faenas agrícolas y corren a incorporarse. Por el Campo Grande de Valladolid viene una humedad campesina, de esas que en otros tiempos sólo acudían a la capital para protestar contra los consumos. Pero ahora es muy otro su gesto. El corazón le palpita de entusiasmo y la sangre le bulle, ardiente y fresca. ¡Aquí la Falange! ¡Somos los de Tordesillas! Esos otros afluyen por una calle lateral. ¡Queremos ir delante los de Simancas! Y lo mismo sucede en Extremadura, en Andalucía, en Galicia. Entretanto, el Gobierno de Madrid grita que le sigue el pueblo. Es él quien sigue a lo contrario del pueblo: a la democracia, o sea al populacho. A una plebe que, además, no va a la guerra, sino a la revolución, es decir, al saqueo de las casas, de los

Bancos, de los garajes. A robar billetes, relojes de oro, mantones de Manila, automóviles. A asesinar burgueses en tremendas batallas cobardes, cuyo horror es literalmente indescriptible. Claro; la musa de la revolución es la facilidad, y resulta más fácil matar en las ciudades, que ir como hombres al campo, a morir frente a otros hombres. Lo cierto es que al Gobierno le es casi imposible enviar la plebe a la batalla. Prefiere el miliciano quedarse en la Gran Vía requisando automóviles y cuentas corrientes, para brindar en los bares por el triunfo soviético. Tan escasos son los voluntarios que se ofrecen a la República, que el Gobierno de Madrid (o Valencia) ha movilizado ya veinte quintas, llamándolas desde la *Gaceta*, mientras el general Franco, a los nueve meses, sólo ha movilizado seis. No le hizo falta llamar al pueblo, porque éste había acudido espontáneamente a las milicias, que sus fundadores concebimos para que fuesen "pueblo en actitud militar".

Este es el hecho decisivo de la guerra y el único que los rojos ni siquiera sospechaban. En 1935 decían sus órganos oficiosos que los falangistas eran cuatro chiquillos, cuatro gatos. Con las elecciones de 1936 se confirmaron en tal opinión, porque la candidatura de la Falange no sumó ni siquiera veinte mil votos. Pero una semana después, ya la misma prensa soviética se desgañitaba pidiendo el exterminio de los falangistas escasos. Moscú se había percatado de que esos cuatro chiquillos eran capaces de

dar al traste con todo su poder. Aquella amorfa, laxa derecha "populista", o derecha torcida, que unos días antes reclutaba millones de sufragios, había desaparecido, porque siendo tan sólo una organización electoral, no podía resistir las pruebas duras a la intemperie. En cambio, a la Falange le llegaba el momento, porque sonaba la hora del coraje, el arranque y las decisiones supremas. Había nacido la derecha torcida para las batallas fingidas, torneos parlamentarios, que en última instancia son siempre, o quieren serlo, compromiso. En contraposición, había nacido la Falange para las batallas auténticas, para las guerras de Dios, las únicas en las que no se muere. Era la una, beatería; la otra, fe. Mera apariencia aquella, y esencia ésta, substancia y fibra de España.

Por eso el plomo asesino nos iba llevando a los mejores. No sin réplica, la verdad sea dicha. Ya creían haber acabado con todos, en el cementerio o en la cárcel. Error, enorme error. Que en tierra de cristianos el martirio propaga y multiplica la Fe. Algo grande, una de esas cosas como sólo se ven cada mil años, iba a surgir de las catacumbas. La sangre y la poesía de la Falange rescataron el sentido heroico que dormía en el fondo de la raza. Fué en tan poco tiempo y con un ritmo tan rápido, que los adversarios no supieron advertir la resurrección. En menos de seis meses. Pero, para un milagro, un minuto basta.

A este milagro asistió con ojos de estupor un testigo irrecusable: el hijo de Largo Caballero. Aprehendido en Segovia, una escuadra de la Falange lo condujo hasta un pueblo del Sur, donde se halla. En el curso de ese viaje tuve ocasión de hablar con él.

Atravesábamos Extremadura. En la carretera, los rurales alzaban el brazo con saludo romano. En un lugar donde el auto se detuvo un momento, un grupo juvenil cantaba el himno—ya inmortal—que nació un día volando del piano de Bolarque. Ennoblecían yugo y flechas la humildad de las casas lugareñas. Era un horizonte azul el campo entero.

Rompiendo su mudez, en un instante de confidencia, el hijo del demagogo confesó: "Mi padre no se imagina esto, porque cuando pasamos por aquí, hace unos meses, levantaban el puño. Yo creo que si él supiese la verdad, si viese lo que estoy viendo, se rendiría." No quise, por delicadeza, quitarle esta última ilusión filial. Callé. Camino de Andalucía, en la larga noche, para entretenér el cansancio del viaje, los chicos en servicio de guardianes cantan de pronto:

Cara al sol, con la camisa nueva  
que tú bordaste en rojo ayer...

Conmovido, o quizás ya convencido, luchando entre el deseo y el pudor, acompaña en sordina las estrofas, y animándose más a cada verso, concluye

por tararear y por unir su voz al coro entusiasta. Una torre a lo lejos, bajo la luz del alba. En España empieza a amanecer.

El que gana una guerra debe también ganar la paz. Cuando una fe, un programa y un estilo hacen una nación, el Estado tiene que asumir ese ideal y ese estilo, haciéndose a su imagen y semejanza. Por eso, participando íntegramente de sus ideales y percibiendo con ojos claros la realidad, Franco—gran político a la par que general—ha reconocido a la Falange como el movimiento único de la nación española, convirtiendo sus 26 puntos en mandamientos del nuevo Estado. Es de estas semanas el Decreto. Allá, desde su gloriosa ausencia, José Antonio, capitán de primaveras, gana en abril de 1937 la gran batalla para la cual partió hace cuatro años con menos gente que el Cid, y, como él, campeador y vencedor más allá de la vida y de la muerte.

Desde hoy los españoles tienen por norte y guía para el futuro esos veintiséis puntos que comienzan: “Creemos en la suprema realidad de España”, y concluyen: “Nuestro estilo es directo, combativo y ardiente, porque la vida es milicia y ha de vivirse con espíritu de acendrado servicio y sacrificio.” Frase esta última de abolengo españolísimo, por ser a un tiempo senequiana y cristiana.

Porque la vida es milicia, todos los que ahora—en la prueba terrible—militan por la patria, participan del alma de la Falange. Pero una sola alma repugna

la división de los cuerpos. Se imponía así incorporar al movimiento falangista la otra milicia afín: el Requeté.

Boinas rojas con Pirineo al fondo, que yo veía de niño en las estampas del Pirala, mustias de otoño y lluvia, con la belleza romántica de las causas perdidas. Ahora os veo en estío por los campos de la guerra, con la hermosura clásica de las causas ganadas. Ganadas del único modo que es posible ganar en la Historia: perdiendo en el detalle para conseguir lo substancial. Requetés de Navarra, dura Esparta de Cristo. Como quien más se dé, vosotros os habéis dado con generosidad a la muerte, porque sabéis, por sabiduría cristiana, que sólo entonces comienza la vera vida. Milicias afines, boinas verdes del Guadarrama, calumniados señoritos que tras tantos años de laxitud y ocio innoble volvéis a ser señores, hidalgos, hijos de algo, émulos de los ascendientes, de aquella estirpe heroica que ganaba nobleza ganando las batallas. Y vosotros, en fin, los de la bizantina Cruz, que, pese a tibios maestros que os predicaban treguas, fuisteis a la Cámara Santa de Oviedo por un emblema de combate, porque la sangre joven os pedía pelea, un puesto en la pelea, un puesto—de honor—en la Cruzada.

Guerrillas de la guerra, estrofas del gran canto. Cumplía unirlas en una voluntad y en un solo designio, y darles una forma, un *uni-forme*. No se trata, pues, de un pacto pasajero, cosa típica de los regí-

menes parlamentarios, esos compromisos creados para fines transitorios. Para nosotros, sólo lo eterno cuenta. La realidad se ha realizado para siempre y para cumplir algo grande en el mundo, como el amor de Isabel y de Fernando.

¿Qué sentido tiene el preguntar con malicia quién cedió a quién? En el amor los enamorados se ennoblecen. Le da Falange a la Tradición su técnica dinámica moderna, el garbo, la exactitud de su estilo y su fértil capacidad proselitista. Y esa técnica recibe a la vez la experiencia de los siglos, con los beneficios del sosiego. Nadie pierde, nadie se sobrepone. Falange Española Tradicionalista y de las JONS es el nombre del doncel con bautismo de fuego. Cantad, trompetas, la unidad, antigua y nueva. Tanto monta, monta tanto Requeté como Falange.

En la ardiente hermandad de las trincheras ya se habían unido las milicias. Faltaba sólo consagrarse el amor, unir por todo lo alto, por arriba. Sí, pero ¿de qué modo?, me preguntaba.

Yo respondía: "Falange y Requeté son dos Ordenes militares, como lo fueron en otros tiempos Calatrava y Santiago, aquellas milicias caballerescas que hicieron la Reconquista. Para llevarlas al fin de sus anhelos los católicos reyes, aceptando nuevos deberes y más trabajos, incorporaron a sus funciones el maestrazgo de las Ordenes diversas. Sea así, Su Excelencia, como Jefe del Estado y caudillo, gran maestre de todas las milicias."

Con la unidad caballeresca y la unidad política se hizo la Patria. Poco después España era la primera potencia de Europa, y, henchida de ambición y misión cósmica, descubría las Indias. También ahora nosotros, en la actual y grandiosa reconquista, nos sentimos portadores de un designio celeste, protagonistas de un quehacer universal, escudo de la cultura humana y de sus normas, lanza en ristre de una nueva era histórica. ¿Que ya no hay Indias que descubrir, ni existen continentes remotos y aun intactos? Tampoco existían las tierras del Preste Juan cuando Cristóbal Colón salió de Palos, pero, buscándolas, topa con la fragante América.

El 18 de julio de 1936 se embarcó España para un gran periplo. Franco en el mando y la Falange al remo. Es la hora, capitán; levanta el ancla.

Ya se acerca, Señor, o ya es llegada  
la edad gloriosa en que proclama el cielo  
un pastor y una grey sola en el suelo,  
por suerte a vuestros tiempos reservada.

Residencia  
del Presidente

Residencia  
del Vicepresidente

Residencia  
del Ministro

Residencia  
de I studiante

X 2000.

Residencia  
de los estudiantes

